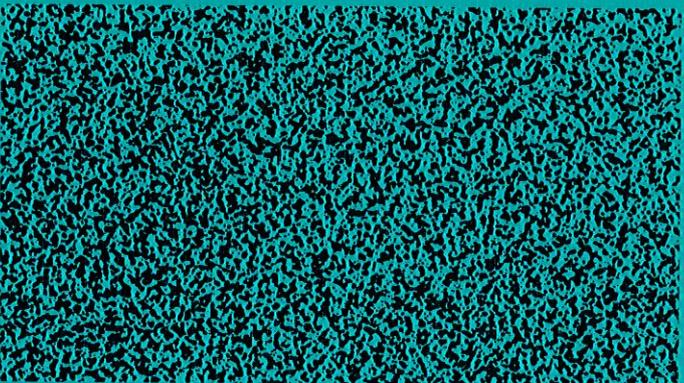


# sal terrae

REVISTA DE TEOLOGIA PASTORAL



---

**Esas pasiones que nos matan**

---

▶ **Febrero 2000** ▶



## «Vivir de heridas». ¿Cómo superar el resentimiento?

---

Luis María GARCÍA DOMÍNGUEZ, SJ\*

En el mundo afectivo, como en caja de resonancia, repercuten sonoramente «los gozos y las tristezas» (GS, n. 1) ajenas y propias. Algunas de estas tristezas se procesan como amargura. El artículo trata sobre el procesamiento individual de situaciones de dolor emotivo que deriva en resentimiento, desde la perspectiva más bien experiencial de quien acompaña desde hace tiempo a actuales y futuros «pastores» del pueblo de Dios<sup>1</sup>.

### I. HERIDAS

La experiencia universal del dolor y el sufrimiento toca de forma imprevisible el psiquismo y la fe. Todo pastor se encuentra con la evidencia o confianza cruda de situaciones de dolor a veces insospechadas, que suscitan una reacción en el pastor sensible; y ¡ay de él si no lo hace así! (Ez 34,4). Pues en la atención del «que se siente explotado o deprimido» no sólo se manifiesta la misericordia de Dios y se hace creíble la Palabra, sino que se humaniza el mismo pastor: «sobre todo conociendo y compartiendo —es decir, haciendo propia— la experiencia humana del dolor en sus múltiples manifestaciones: desde la indignancia hasta la enfermedad, desde la marginación hasta la ignorancia, la soledad, las pobreza materiales y morales, el sacerdote entri-

---

\* Jesuita, Maestro de Novicios, Valladolid.

1. Se utiliza la imagen bíblica aplicada a reyes, sacerdotes y profetas para referirnos a quienes tienen un papel institucional o carismático de animadores o servidores de la comunidad cristiana: laicos o sacerdotes, varones o mujeres, consagrados con votos o no.

quece su propia humanidad y la hace más auténtica y transparente, en un creciente y apasionado amor al hombre»<sup>2</sup>.

¿Cómo ayudar, cómo ayudarse? Para discernir, o diagnosticar, no nos bastará un marco de referencia *meramente* clínico ni *sólo* espiritual, pues perderemos la relación entre la dimensión espiritual y la psíquica que en la mayoría de estas situaciones aparece. En la práctica puede resultar útil el siguiente recorrido, que ofrece también distintos modos de ayuda:

1. Escuchar la expresión afectiva de la situación o herida presente.
2. Ayudar a evocar la historia pasada que explica mejor la situación actual.
3. Verificar, o excluir, señales de psicopatología en tales reacciones.
4. Identificar los funcionamientos psíquicos, normales pero insuficientes, que están constituyendo su reacción actual a la herida pasada.
5. Reforzar los recursos espirituales necesarios para una asunción curativa de la herida.

### Situaciones presentes

No es cómodo escuchar en paz unos sufrimientos ajenos que no son fáciles de solucionar y que pueden reavivar los propios. Pues cada pastor tiene sus heridas, que suelen tener que ver con expectativas frustradas, necesidades internas no reconocidas, conflictos relacionales inesperados.

1) *La frustración de la realización personal* suele provocar mucho sufrimiento personal. Hay quien no ha aprobado un examen que le abriría las puertas a un grado; quien no pudo estudiar lo que deseaba, por decisiones de otros; quien siente no haber tenido oportunidades suficientes en su familia o en la institución religiosa... Esto resulta tanto más doloroso si se acogió espiritualmente en su día como interpretación de textos fundacionales (como aquello de «no pretender más letras de las que sabían cuando entraron»).

2. Juan Pablo II, *Pastores Dabo Vobis*, n. 72.

La herida se refiere otras veces a las cualidades que uno no tiene; el resentimiento se puede hacer amargura. Unos se desaniman (en el «no puedo») resignado que no daña a otro que al interesado); otros envidian y se resienten, desde el que piensa secretamente: «Yo lo haría mejor», hasta la caricatura del predicador reconocido: «con su voz y mis ideas, resultarían sermones excepcionales».

Un joven religioso de una congregación con tradición intelectual experimenta recurrentemente cierta envidia hacia compañeros suyos más capaces intelectualmente y que prometen ser buenos profesores, conferenciantes o escritores. Este sentimiento incontrolable que le entristece, y contra el que lucha espiritualmente, desaparece en temporadas de un mayor éxito pastoral o de acogida grupal, pero se reaviva con ocasión de trabajos académicos; o cuando algún superior, inadvertidamente, alaba las muestras de inteligencia de los compañeros que envidia.

Una religiosa, cuando niña y adolescente, cumplió siempre las expectativas que tenían sobre ella en su familia y en el colegio, inicialmente con gusto. Luego también tuvo que hacer de la necesidad virtud, pero ya no le sirve el mecanismo; y hoy, un poco harta de asentir a todo, vive la amargura de no saber si es religiosa porque quiso ella o por colmar aquellas expectativas. Anhele una autonomía nunca vivida antes.

Pero esta tendencia a la realización personal aparece hoy, como un dato de hecho en la vida religiosa, en forma de individualismo y profesionalismo; los cuales se oponen a fuerzas renovadoras como son el compromiso con los valores vocacionales y su simbolismo expresivo<sup>3</sup>.

2) *La disponibilidad a la obediencia* puede vivirse a veces muy dolorosamente. Cambiar de lugar o de misión, ser enviado a otra parroquia, actividad o región... Esta difícil disponibilidad suele ser en realidad la dolorosa vivencia del desarraigo del propio mundo significativo, el desprendimiento de situaciones, personas, funciones y roles que apoyan la propia *relevancia social o pastoral*. La amargura que se produce en situaciones semejantes puede derivar en agresividad abierta, depresión o pasividad.

3. D.J. NIGREN y M.D. UKERRITS, «El futuro de la vida religiosa. Conclusiones de una investigación [estudio "Forus" sobre vida religiosa en USA]»: *Sal Terrae* 87/9 (1999), pp. 761 y 764.

Un sacerdote de gran intuición y celo pastoral formó sus grupos juveniles y comunidades adultas con marchamo personal y vigor indudable. Tras largos años de trabajo, el superior mayor lo cambia de lugar. En su nuevo destino, desde el primer día y durante años, cumple «ajustado al convento»: su celo y su creatividad desaparecieron.

Más que el deseo latente de ningún poder, funcionan muchas veces expectativas irrealistas sobre tareas y relaciones: una relevancia, inicialmente buscada o no, que luego, compensatoriamente, se ha construido simbólicamente en signo de valor propio. Eso puede suceder en las resentidas añoranzas de un pasado más glorioso con el que se identificaron los críticos: «Habéis quitado las escuelas apostólicas (o tales estructuras de pastoral) y no habéis puesto nada; no os quejéis de que no haya vocaciones (o frutos apostólicos)».

3) *Relaciones significativas*, fundamentalmente afectivas, pueden estar implicadas o no en las dificultades anteriores, pero también producen sus propias heridas. Aparece latente en algunos comportamientos ambiguos esta queja: «¿Es que no tengo derecho a querer a nadie?». Se mantienen relaciones de dependencia afectiva con la propia familia o con amistades antiguas y nuevas; amenazar estas relaciones toca zonas muy sensibles del implicado. En el encuentro con el otro sexo, también pastoral, con intimidad inadvertida, se puede producir el *enamoramiento* de quien tiene compromiso de celibato o de fidelidad conyugal. En personas consagradas, aunque podría ser una situación enriquecedora y purificadora, siempre será doloroso y hasta potencialmente insuperable<sup>4</sup>.

4) *Hay silenciosas heridas de la sexualidad*. La castidad puede vivirse por el varón consagrado más como peso que como don; pero, «para decirlo en términos de declaración de la renta, ... se nos desgasta de la polarización amorosa hacia un tú singular, para hacernos accesibles al sínfin de tus confiados a nuestro ministerio. ¿Por qué, pese a todo, la sensación de gravamen continúa primando sobre la de desgracia?». Estos problemas «no son una excepción»<sup>5</sup>, aunque la plásti-

cidad de lo sexual lo convierte frecuentemente en conflicto patente de otras necesidades inconscientes.

Hay otras heridas más propias de la *mujer*: el machismo social y eclesial que la somete; disposiciones legales y sociales que la excluyen; la limitación de la mujer consagrada en el gobierno de su instituto o en la participación eclesial; etc. Su condición femenina puede hacer también a la mujer consagrada objeto de trauma sexual<sup>7</sup>.

5) *El paso de los años* de quien ejerce una tarea pastoral puede manifestar heridas específicas<sup>8</sup>. Los sacerdotes jóvenes traen una fragilidad generacional que también afecta a su vida celibataria, y se resuelve en algunas secularizaciones tempranas o en agobios y abatimiento de otros.

Los sacerdotes de media edad tienen peligro de activismo, rutina, presumir de sí mismos, cansancio interior fruto de dificultades y fracasos. También «parecería que el sujeto anhelara una "segunda oportunidad de vivir"». De hecho, las aventuras sexuales con personas más jóvenes son frecuentes en este período»; aunque el rasgo más saliente es la mirada a la fecundidad o eficacia pasada, y el temor a la inutilidad y soledad futura; una minoría afronta esas cuestiones «con gran insatisfacción, con agudo sentimiento de culpabilidad, con una carga visible de resentimiento agresivo e inconformista... Toda realidad está condenada a defraudarles», y «un buen número de sacerdotes tiñen el realismo maduro propio de la edad con una dosis no desdeñable de

(Conferencia Episcopal Española [Ed.]) *La formación humana de los sacerdotes según «Pastores Dabo Vobis»*, EDICE, Madrid 1994, p. 61.

6. A. CENCINI, *Por amor, con amor, en el amor*, Ed. Atenas, Madrid 1998<sup>2</sup>, p. 928; un 60% de religiosos y seminaristas tiene problemas en el área de la sexualidad; la incidencia en las mujeres es de un 26% (p. 915).

7. P.N. DUCKRO - J.T. CHIBNALL - M.A. WOLF, «Women Religious and Sexual Trauma»: *Review of Religions*, 57/3 (1998), pp. 304-313. El problema en la vida religiosa es menor que en la población general, pero este estudio empírico (en USA) indica que un 40% de las religiosas señalan algún episodio de trauma sexual durante su vida (abuso infantil, acoso o explotación sexual), un 30% sucedido durante su vida religiosa, incluyendo la propia comunidad.

8. J.M. URRIARTE, «Crecer como personas para servir como pastores», en (Conferencia Episcopal Española [Ed.]), *La formación humana de los sacerdotes según «Pastores Dabo Vobis»*, EDICE, Madrid 1994, pp. 31-46, de quien se toman las siguientes frases.

4. Th. RADCLIFFE, *El mantal de la esperanza*, Ed. San Esteban, Salamanca 1999, pp. 210s.

5. J.L. RUIZ DE LA PEÑA, «Condición humana y ministerio ordenado», en

escepticismo... [que] vitalmente se caracteriza por la incapacidad de ilusión y de entusiasmo». En los sacerdotes mayores «la pérdida en el hacer y en el poder inducen fácilmente un descenso en la conciencia del valer».

6) *Los laicos y laicas* que participan más activamente en las funciones pastorales de la Iglesia no tienen el privilegio de andar sin heridas, pues su condición humana es en todo semejante a la de los consagrados y presbíteros. Pueden tener algunas dificultades específicas; pero no todos los conflictos que tienen en su inserción eclesial obedecen a causas objetivamente externas; por ejemplo, no toda agresividad laical contra el sacerdote es justa reivindicación de derechos conculcados por estructuras o personas clericales.

### Historias pasadas

Situaciones infantiles o adolescentes independientes de la voluntad del sujeto pueden predisponer notablemente a vivencias adultas problemáticas de los valores pastorales y cristianos<sup>9</sup> en las múltiples áreas de su vivir y trabajar, incluyendo la capacidad de comunicación, de silencio y de animación, el sentido de la amistad, la disponibilidad.

Por ejemplo, la vivencia y predicación actual de la pobreza evangélica puede tener que ver con experiencias tempranas no siempre reconocidas. Una familia «pobre, pero honrada» puede vivir su adversidad económica de modo sosegado y creyente; pero cualquier niño o niña en situación socialmente desfavorable también puede aprender en su familia el resentimiento social o la envidia personal frente a los que disfrutaban de más bienes materiales.

También el área afectiva del varón o la mujer en función pastoral viene condicionada por vivencias infantiles y adolescentes. Relaciones confiadas o recelosas con los padres, competitivas o cooperativas con los hermanos, inseguridad ante los retos infantiles de la vida o experiencia de apoyo suficiente... condicionarán la sensibilidad actual en las relaciones pastorales y comunitarias. La consolidación de la espe-

9. Afirmando la importancia de la psicogénesis infantil en el presente del pastor, seguimos lejos de las interpretaciones casi deterministas de E. DREWERMANN, *Clerigos. Psicogramas de un ideal*, Trotta, Madrid 1995, pp. 259-326.

cífica identidad sexual tiene lugar antes de que una persona pueda detectar la presencia de vocación; pero una identidad incierta o difidente (homosexual) puede ser un sufrimiento difícil de soportar... casi siempre originado en la niñez<sup>10</sup>.

Lo mismo sucede con cualquier tipo de abuso. Una religiosa, sería y eficiente en su trabajo, tiende a establecer con algunos varones relaciones de cierto juego ambiguo, que alguno percibe como seducción también sexual. Hablando de esta situación llamativa para otros, ella evoca que de niña fue utilizada en algún juego sexual con manipulación no violenta por un «pastor». Quizá ahora ella asume la iniciativa en la seducción, quién sabe si vehiculando una cierta venganza latente.

Cuando niño, todo pastor estuvo sometido a algún modo de autoridad; y no todos esos modos fueron ideales.

Un joven religioso tuvo un padre con problemas de bebida, que era ocasionalmente violento con su mujer y sus hijos; la madre soportaba con paciencia esas intemperancias mientras defendía y buscaba apoyo en sus hijos. Hoy este religioso es pastoralmente eficiente y correcto en el trato con los adolescentes a su cargo. Sin embargo, tiene vaivenes afectivos y celos de algunos compañeros, mientras que sus relaciones con la autoridad son desconfiadas; aunque necesitadas de una aprobación que no siempre encuentra. Y en su oración, un poco intelectual, ¿cómo llamar a Dios gozosamente «Padre»?

A veces encontramos en la evocación del pasado problemas que explican algo al resentido o a quien él ayuda. Captamos la continuidad del sujeto en su percepción del entorno, sus fuerzas motivacionales y sus mecanismos defensivos. Y aunque no baste para interpretar la transferencia, esta evocación puede ablandarla un poco. Así, evocar el pasado fundamenta la esperanza de dominarlo en el futuro.

10. A. CENCINI, *op. cit.*, pp. 916-928; muchas veces, antiguas relaciones afectivas llevan en el presente a la búsqueda desesperada de la simbiosis, según O. KERNBERG (p. 921).

## II. REACCIONES

Aceptando que cualquier persona consagrada pueda tener *desarreglos psico-patológicos*, no pensamos que pueda emitirse un diagnóstico casi generalizado de psicopatología clerical<sup>11</sup>, ni mucho menos. Más problema es el que en reacciones clínicamente normales el sujeto actúe frecuentemente marcado por mecanismos inconscientes que son más psíquicos y defensivos que libremente razonables o generosamente espirituales.

### 1. Resentimiento

Ante la herida injustamente percibida, el primer impulso emotivo puede ser la huida; pero otra opción es la *respuesta agresiva* de supervivencia. En quien tiene unos valores racionales y espirituales, seguramente su conciencia modificará esa reacción instintiva. A veces la agresividad se proyecta en el otro (y se defiende de quien percibe que le ataca); o aparece racionalizada y justificada. Sucede en quien ve numerosas señales de ataques o persecuciones hacia sí, percibe contrarias preferencias hacia otros, acusa a superiores desde presupuestos falsos, ironiza frecuentemente, toma nota de los agravios, etc. Otras veces no hay agresividad directa a personas, sino a situaciones, lugares, movimientos, instituciones..., sin que el sujeto concientice siempre la fuerza destructiva que expresa. Todo lo cual es compatible con ser eficiente para lo suyo, cumplidor con muchas responsabilidades, correcto en las formas y cuidadoso en el alcance de sus ataques; pues la venganza (también inconsciente) es un plato que se puede servir frío.

En otros, la reacción adquiere forma de oscura sumisión a su destino, con resentimiento perpetuo. La agresividad básica se ignora, y sólo aparece en forma pasiva: quejas continuas y explosiones esporádicas; en forma verbal, juego a la contra, falta de colaboración, lentitud en sus obligaciones, «olvidos» de las mismas y general malhumor. Es la agresividad pasiva. Todavía una tercera posibilidad de resolución de esta agresividad es que se vuelva contra uno mismo en forma de depresividad (patológica o normal), recreándose masoquista y misteriosamente en su dolor. Conocidos resentidos parecen el hijo mayor de

la parábola de Lucas (Lc 15,29s) y el Jonás quejoso por la conversión del pueblo de Nínive (Jon 4,1-11): no pueden participar de la alegría del perdón.

### 2. Aislamiento

Otros aíslan o niegan el primer impulso agresivo; son personas que, pareciendo *olvidar* su herida, reaccionan, sin embargo, a ella. Pueden dar la sensación de no sufrir en absoluto, de llevarse bien con todos, de empatizar fácilmente y de vivir a buena velocidad en este mundo en cambio; pero la historia interna es otra.

Una chica en sus últimos años de universidad ejercía de líder natural en su grupo con gracia y aplomo, y hasta con desparpajo para mantener a distancia a los chicos que se le acercaban. Esta chica plétorica al exterior, cristianamente activa y eficiente, resultó insospechadamente que en su temprana adolescencia sufrió molestias sexuales de un parente cercano, que inicialmente la volvieron agresiva, y luego la configuraron como rebelde con una causa ajena, ignorando la suya propia (que nunca afrontó). Asumió un compromiso cristiano demasado compensatorio y que manifestaba sus afectos ricos pero invisibles, tanto como su independencia; pero que no mantuvo mucho tiempo.

*Trabajar* eficientemente puede ser otro modo de afrontar antiguas heridas previamente aisladas: conseguir resultados objetivos, fruto eficiente de la persona, un éxito que a sus propios ojos ayude a olvidar latentes sentimientos de inferioridad. Aunque en momentos se puede quejar y lamentar, su tónica será la de emprender un activismo compensatorio que realce su imagen en un trabajo que puede ser apostólico. Por eso los superiores mayores constatan que personas consagradas se sirven de la orden, «consciente o inconscientemente», para promoción personal o para alcanzar un cierto *status* espiritual o profesional<sup>12</sup>.

11. Según el cual, la Iglesia impide a los clérigos «adquirir una madurez humana en todo el ámbito de sus más íntimas pulsiones», por lo que el planteamiento psicológico de los consejos evangélicos es una cuestión de psicopatología. E. DREWERMANN, *op. cit.*, p. 353.

12. PH. KOIVENBACH a la Congregación de Procuradores jesuitas, Roma, septiembre de 1999.

Otros *desplazan el resentimiento*, como el jefe de la sinagoga, quejoso por las curaciones de Jesús (Lc 13,14), que racionaliza su herida y descarga en el pueblo la agresividad que tenía dirigir directamente hacia Jesús. Aislar, desplazar, racionalizar, justificar, compensar, etc., son mecanismos de defensa que inicialmente resguardan, pero a la larga impiden la autenticidad personal y la eficacia pastoral.

En las reacciones anteriores siempre se pretende mantener un cierto equilibrio (aunque es imposible una integración) entre la defensa psíquica y el horizonte de valores cristianos. Pero otras veces la reacción de aislamiento respecto al dolor puede ser compatible con una instalación más decidida en otro *horizonte propiamente natural*. El «andeyo caliente y riase la gente», pareciendo una saludable opción, implica una vuelta a valores básicos de la naturaleza, pero a veces se contrapone a valores de más calado. La «regresión al servicio del yo» no es lo mismo que la instalación permanente en una psicología de horizonte corto, más preocupada del bienestar sensual o afectivo que de la integración difícil de nuestra naturaleza caída con valores y relatos que le dan sentido.

### 3. Espiritualismos

El apóstol Pedro tiene expectativas personales frustradas por el modo en que Jesús concibe su mesianismo como Siervo (Mc 8,32; cf. Jn 13,6), y se queja como defensa de la dignidad del maestro. Esa preocupación es ambivalente, porque su horizonte de intereses también lo es: busca aparentemente el éxito de su maestro, pero juntamente espera su participación en ese éxito, que él desea como triunfo humano. El de Pedro es un ejemplo de *defensiva identificación* con Jesús que puede repetirse en los que se quieren configurar con Cristo Cabeza y Pastor<sup>13</sup>.

Esta identificación puede manifestarse en la reproducción de rasgos típicos del rol que uno se apropia, como son el comportamiento y la «pose» exteriores. Pero otras veces se unen otros mecanismos que recargan la tensión de un pastor hacia un activismo y celo pastoral...

13. L.M. GARCÍA DOMÍNGUEZ, «El proceso de crecimiento espiritual en la configuración con Jesucristo», en (AA.VV.) *Jesucristo en la formación sacerdotal*, EDICE, Madrid 1998, pp. 63-97.

que son desordenados: la incapacidad de decir que no, el deseo de no frustrar deseos y expectativas de otros, darse mucho experimentando también que se recibe no poco, etc. Parece que la Marta de Betania (Lc 11,40) está cortada por este patrón compulsivo y perfeccionista en el servicio... que no es propiamente amor ordenado.

Otro modo de defensa puede manifestarse en el *perfeccionismo espiritual*, si se manifiesta en formas de humillación como es el victimismo, o en la superación sólo voluntarista de dificultades, sentimientos de superioridad, etc. La dificultad del perfeccionismo compulsivo no es que sea patológico (que no suele serlo), sino que tiene un verdadero componente religioso que no se puede invalidar, aunque no consiga integrarse en el todo de la persona.

Finalmente algunos, también pastores, pueden tender a la aceptación lúcida del *estoicismo laicista*. Es un espiritualismo secular, realista, poco optimista y nada esperanzado; de hecho, es alternativa profana a la experiencia religiosa de «ajuste existencial», tan propia de quienes la viven desde el dolor o las heridas<sup>14</sup>.

### III. ¿SOLUCIONES?

Es tan alto el porcentaje<sup>15</sup> de quienes adoptan soluciones incompletas por sus reacciones defensivas que es realista pensar que no resulta tan fácil la superación humanamente madura y plenamente creyente de situaciones de frustración interior. ¿Qué se puede intentar?

Un grupo cristiano, como se ha dicho de un instituto religioso<sup>16</sup>, sería un mini-ecosistema que sustenta una forma de vida diferente: una isla de contracultura, una reserva natural que requiere a su vez el entorno que sostenga en su crecimiento a los que participan en él. Un con-

14. A. TORROS y R. APARICIO, *¿Quién es creyente en España hoy?*, PPC, Madrid 1995, pp. 27-39.

15. Siguen vigentes los datos y perspectivas de L.M. RUIJA, F. IMODA, J. RUDICK, *Antropología de la vocación cristiana. II: Confirmaciones existenciales*, Ed. Atenas, Madrid 1990. La presencia de un 60-80% de consagrados normales que utilizan mecanismos defensivos es una constante en todos los grupos estudiados. Eso explica también el alto porcentaje de «nificadores» (pp. 139-142) que no abandonan la vida vocacional, pero viven en ella defensiva y no significativamente.

16. Th. RADCLIFFE, *El manual de la esperanza*, Ed. San Esteban, Salamanca 1999, pp. 65-68.

texto adecuado, una vida personal «ecológica» y ofertas puntuales proporcionarán prevención y apoyo para los momentos iniciales de cualquier crisis. Pero el descenso y el cuidado de la salud, la disciplina personal, la ayuda del grupo, el apoyo de los hermanos, el desarrollo de la amistad o un tiempo sabático pueden resultar estériles sin la decisión personal y el esfuerzo consiguiente por vivir en otro nivel de significados las situaciones de dolor personal.

Es preciso un *cambio de horizonte*. En el evangelio hay un hombre resentido con su hermano porque no reparte con él la herencia (Lc 12,13s). Jesús no es muy dulce con él: «¿Te duele la falta de amor fraterno o la pérdida de tu dinero? Si éste es el horizonte en que te mueves, no me interesa tu herida. Cambia de horizonte y no tendrás herida; descubre la perla preciosa (Mt 13,46) y te alegrarás inmensamente». Esta invitación a cambiar de nivel de percepción de la realidad y de inserción en ella aparece constantemente a lo largo de los evangelios, desde la respuesta de Jesús a las quejas de su madre (Lc 2,48s) hasta los más enigmáticos discursos del cuarto evangelio (Jn 3,3; 6,27; 9,41; 11,25).

Al misterio cristiano se accede por un camino que supone últimamente vivir las heridas personales de un modo determinado: configurándose con un Siervo y reproduciendo su imagen. Pedagogías como los Ejercicios ignacianos no hacen sino proponer un camino para esta configuración con Aquel que entra en su gloria, con toda la humanidad, a través de su abajamiento en la pena. Y este camino no puede ser sólo «espiritual», sino profundamente antropológico, integrador: el crecimiento y la madurez humana son fruto de esta lucha existencial y últimamente religiosa de búsqueda de significados en las relaciones con los otros y en la identidad propia<sup>17</sup>.

Por eso la lucidez antropológica ayudará al crecimiento espiritual (aplicando el antiguo *gratia supponit naturam*). Y permitirá una *lucha espiritual* en la que no basta la sola buena voluntad sin la necesaria implicación de la persona entera. Esa lucha puede implicar lo siguiente:

1. Lucidez y humildad para reconocer y aceptar las propias emociones; no temer el encuentro con el primer impulso instintivo, no reprimirlo: pues todo lo que está en el inconsciente, en algún

17. F. IMODA, *Sviluppo umano: psicologia e mistero*, Ed. Piemme, Casale Monferrato 1993.

momento fue consciente. A esto suele ayudar el diálogo y el coloquio con alguna persona capaz, pues uno solo tiende a defenderse o a engañarse.

2. La referencia religiosa explícita de esa experiencia emotiva: algo así como la queja a Dios, como en la Escritura hacen Jeremías y tantos salmistas. ¿Cómo integrar el sufrimiento sin estar ratos a solas, quizá descarnadamente, con Dios?
3. Encontrar cauce adecuado a las emociones sentidas, a la agresividad, a la carencia afectiva, a la sexualidad, a la irrelevancia... Toda emoción puede elaborarse consigo mismo y con Dios, pero también en grupo o en comunidad. Muchas cosas se pueden hacer saber en la Iglesia a compañeros, superiores o a quienes puedan remediar un problema; muchas acciones se pueden emprender por la fuerza de una necesidad reconocida.
4. Antes o después, queda la invitación amorosa de remitir esa frustración y dolor a la cruz de Cristo, en forma de renuncia, que es entrega libre y no resignación.

Escribe en su diario un joven religioso herido de muerte por la leucemia: «"Me da igual" puede a veces no ser síntoma de pasotismo, sino de indiferencia ignaciana o, lo que es lo mismo —creo yo—, de amor a Jesucristo». Unos análisis desfavorables le impiden una salida temporal del régimen hospitalario; su madre lo lamenta. Y «yo le dije "me da igual", mientras siento dentro la renuncia a irme y el deseo de apegarne a la que ahora parece la voluntad de Dios... Sí, me gustaría marchar. Me cuesta quedarme aquí... Pero mi deseo interior, mi alma, lucha y jadea buscando al Dios vivo. Hasta en las situaciones más pequeñas como ésta»<sup>18</sup>.

\* \* \*

En conclusión, podemos recordar lo cristianamente obvio: el sufrimiento y el dolor forman parte de toda existencia humana, y el reto no consiste en evitar o ignorar su mordedura, sino en superar el nivel de su comprensión hasta entrar en la verdadera humanización de su experiencia, que pasa por la comunión con el Siervo sufriente. Estudios

18. I. CUERVO ALONSO, *Primeras palabras*, Ed. Procast, León 1992, p. 172. Sobre la tensión de renuncia, cf. A. CENCINI, *op. cit.*, pp. 591-594; 928-933.

empíricos sugieren que es minoritaria la reacción propiamente patológica ante las heridas, pero confirman que una mayoría nos movemos inevitablemente en la mediocridad de las reacciones insuficientes. Sólo un grupo relativamente pequeño ha hecho ese recorrido en creyente autenticidad; esos hombres y mujeres, laicos o «clérigos», han visto colmada su existencia humana y son para los demás luz y sal en el camino. Como «sanadores heridos»<sup>19</sup>, esas personas que reconocen y aceptan sus heridas pueden salvar desde el abajo antropológico de un corazón limitado.

---

19. H.J.M. NOUWEN, *El sanador herido*, PPC, Madrid 1998.